

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE ENTRE RÍOS

# LOS ESTUDIANTES

VÍCTOR MERCANTE



COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~  
DEL SAUCE

*Director de la colección*  
SERGIO DELGADO

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE ENTRE RÍOS

# LOS ESTUDIANTES

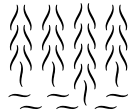
VÍCTOR MERCANTE



*Introducción, cronología, bibliografía y notas*

GRACIELA VILLANUEVA

COLECCIÓN



~EL PAÍS~  
DEL SAUCE

---

MERCANTE, VÍCTOR (1870-1934)

Los estudiantes ; Víctor Mercante

edición, prólogo y notas de Graciela Villanueva ; coordinación de Guillermo Mondejar  
1.ª ed. :

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2022 ;

Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, UNL, 2022 ;

496 pp. ; 23 x 16 cm

(El país del sauce / Sergio Delgado; 16)

ISBN: 978-950-698-498-4

808.8035 1. Autobiografías. 2. Estudiantes. 3. Novelas Biográficas. I. Villanueva, Graciela, ed., pról.  
CDD II. Delgado, Sergio, dir. col., III. Mondejar, Guillermo, coord.

---

Edición, introducción, cronología y notas

GRACIELA VILLANUEVA

Coordinación editorial

GUILLERMO MONDEJAR

Diseño

MANUEL SIRI

Corrección

PAOLA CALABRETTA

Colaboradores: Manuela Acuña, Alexis Chausovsky y Leonel Cescut

Publicado con el apoyo del centro de investigaciones

IMAGER (Institut des Mondes Anglophone, Germanique et Roman),

Facultad de Letras, Lenguas y Ciencias Humanas, de la Universidad de Paris-Est Créteil.

© EDUNER, 2022

© EDICIONES UNL, 2022

© Manuel Siri, ilustración de cubierta: *Bombardino*, 2022

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Andrés Pazos 406 – E3100FHJ – Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar – www.eduner.uner.edu.ar

EDICIONES UNL, Universidad Nacional del Litoral

Facundo Zuviría 3563 – S3002EXA – Santa Fe, Argentina

editorial@unl.edu.ar – www.unl.edu.ar/editorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.



*Prof. Václav Menouček*

Retrato que abre el libro de memorias de Víctor Mercante: *Una vida realizada*  
(*Mis memorias*), ed. de autor, Imprenta Ferrari Hermanos, Buenos Aires, 1944.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. Una estudiantina polifónica	
<i>Graciela Villanueva</i> .....	XI
I. <i>La estudiantina de Rabelais y compañía</i> .....	XIII
Una ficción autobiográfica [XIII] ~ <i>Juvenilia</i> y <i>Los estudiantes</i> [XV] ~ Cané y Mercante [XXIII] ~ El Colegio Nacional de Buenos Aires y la Escuela Normal de Paraná [XXVII]	
II. <i>Los estudiantes y los debates de su época</i> .....	XXXI
Mercante en su época [XXXI] ~ Civilización y barbarie [XXXV] ~ Xenofobia antiitaliana [XXXVIII] ~ Positivismo, ateísmo, darwi- nismo [XXXIX]	
III. <i>La construcción de Los estudiantes</i> .....	XLIII
Estructura de la novela [XLIII] ~ Personajes [XLVI] ~ Los dobles de Mercante [L] ~ Otros personajes [LIV] ~ Escenas típicas de la estudiantina: carnavales, robos, rebeliones y castigos [LV] ~ Espa- cios [LXII]	
IV. <i>Una novela polifónica</i> .....	LXIII
El léxico: términos castizos, neologismos, préstamos [LXIII] ~ Presencia de diversas lenguas extranjeras [LXVII] ~ El voseo en Ar- gentina y en la literatura argentina [LXXVII] ~ El uso del voseo, del tuteo y del vosotros en <i>Los estudiantes</i> [LXXXI]	
V. <i>El trabajo literario</i> .....	LXXXIX
Creatividad lingüística y metafórica [LXXXIX] ~ El uso del indi- recto libre [XCIV] ~ Cartas y discursos [XCVI] ~ Simbólica ono- mástica: nombres, apellidos y apodos [XCVII] ~ La libertad en el uso de las citas de diversos autores: los anacronismos [XCIX]	
VI. <i>La chacota</i> .....	CII
El humor como estilo [CII] ~ Humor lingüístico [CIII] ~ Humor paródico [CV] ~ Humor de situaciones [CIX]	
VII. <i>Ecuaciones y partituras</i> .....	CXIII
Ecuaciones [CXIII] ~ Referencias musicales y partituras [CXIV] ~ «La danza de las horas»: una opereta [CXV]	

VIII. <i>Notas sobre las ilustraciones de la primera edición</i>	
<i>de Los estudiantes (1908)</i> .....	CXX
Parte I [CXXI] ~ Parte II [CXXII] ~ Parte IV [CXXIII]	
<i>A modo de conclusión</i> .....	CXXIV
NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN .....	CXXVII

LOS ESTUDIANTES. *Víctor Mercante*

I	
Solo .....	5
Rastelli .....	7
Trece o poco menos .....	9
El decálogo .....	11
Los porteños .....	14
El cero .....	16
Querido Jorge .....	19
La conferencia .....	22
La primera etapa .....	25
El almuerzo .....	26
II	
Vida nueva .....	31
En busca del otro sexo .....	34
En lo de las Bruno .....	36
El asunto Balujera .....	40
La calaverada de Urpila .....	44
La serenata .....	47
El duelo .....	50
La lección de Farra .....	55
Al día siguiente .....	58
La lección modelo .....	60
El piano .....	66
Los amigos de la danza .....	74
En casa de Madame .....	76



Ad majorem Dei gloriam .....	80
Media vuelta .....	84
Preparándonos .....	87
Las vísperas .....	89
Chez Cutiellos .....	92
El examen .....	95
Etcétera .....	97

### III

Yo y ella .....	101
A la aldea .....	104
En la brecha, otra vez .....	108
A la luna .....	110
Bartolito .....	113
La manifestación .....	115
Trabajo sin fruto .....	117
Aventura de las naranjas .....	120
La visita .....	125
Ad gloriam vitæ .....	129

### IV

El motín .....	141
Suspendidos .....	146
El hidrógeno .....	151
Chez Zoe .....	154
Expresión de agravios .....	159
Discurso del señor Teruzzio .....	162
En Las Horas Pasan .....	167
El discurso de recepción .....	169
Addio sante memorie .....	172
Aída y yo .....	177

### ANEXO

Vocabulario .....	183
-------------------	-----

*Diccionarios y vocabularios consultados*

Para el español [195] ~ Para otras lenguas [196]

Facsimilares de ediciones anteriores de Víctor Mercante .....	197
Scanavecchia o Los cuatro postes de la chacota	
<i>Por Amaro Villanueva</i> .....	201
<i>Los estudiantes: una narrativa reveladora</i>	
<i>Por Silvina Fernández</i> .....	235
CRONOLOGÍA. <i>Por Graciela Villanueva</i> .....	279
Dossier de documentos y fotografías .....	284
BIBLIOGRAFÍA	
<i>Principales obras de Víctor Mercante</i> .....	289
I. Sobre pedagogía [289] ~ II. Libros de texto [290] ~	
III. Ficción narrativa, teatro, autobiografía, ensayos [291]	
<i>Bibliografía de referencia sobre Víctor Mercante y su obra</i> .....	291
NOTAS .....	293

## NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN

*Los estudiantes* fue publicada en Paraná en 1908 en edición de autor, con el seudónimo de Federico Scanavecchia, con el sello de la imaginaria editorial «Rabelais y Compañía». Fue reeditada por única vez en 1961 en la colección El Pasado Argentino que dirigía Gregorio Weinberg para la editorial Hachette de Buenos Aires, con prólogo de Amaro Villanueva. En dicha oportunidad se repone el nombre del autor.

En esta primera edición crítica de *Los estudiantes* se publica una versión revisada, corregida y anotada de la novela a cargo de Graciela Villanueva. En su estudio introductorio («Una estudian-tina polifónica») analiza el modo particular en que Mercante supo dar cuenta de los debates de su época y subraya la dimensión innovadora de su novela en el marco de la literatura argentina de principios del siglo xx. La reflexión sobre el género, el contexto, la construcción, la(s) lengua(s) y el humor de *Los estudiantes* se conjuga allí con el análisis de sus dispositivos de polifonía, intertextualidad y ficción autobiográfica.

Esta edición incluye más de quinientas notas de vocabulario (indicadas con un asterisco en el texto en su primera ocurrencia) y casi seiscientas notas al texto (numeradas) de comentarios y explicaciones. Las notas de vocabulario, que aparecen inmediatamente después del texto de la novela (pp. 183-196), elaboradas por Graciela Villanueva especialmente para esta edición, están ordenadas alfabéticamente y concluyen con una bibliografía en la que figuran los diccionarios y documentos cuya consulta fue necesaria para poder explicar la enorme riqueza lingüística de *Los estudiantes*. El aparato

crítico de la novela se completa, al final de este volumen, con las notas que comentan y explican el texto de Mercante (pp. 293-367). Cuarenta de esas notas retoman las que Amaro Villanueva preparó para la reedición de la novela en 1961, en algunos casos en una versión revisada y actualizada (se aclara su autoría original con las iniciales «AV» y se señalan aquellas notas que fueron modificadas). Las restantes, en las que no figura ninguna indicación de autor, fueron elaboradas por Graciela Villanueva. Guillermo Mondejar colaboró en la revisión de las notas, con intervenciones puntuales en relación con algunas preguntas que el texto plantea.

Al final de este volumen se incluye un Anexo que comienza con una serie de reproducciones facsimilares (pp. 197-200) de la tapa y la portada de *Los estudiantes* en la primera edición de 1908, de la tapa de la segunda edición de 1961 y de *Una vida realizada*, memorias de Mercante publicadas por la Imprenta Ferrari Hermanos de Buenos Aires en 1944. También pueden encontrarse fotografías de la casa que sus padres dejaron en el norte de Italia, documentos familiares y fotos de la Escuela Normal y el Teatro 3 de Febrero de Paraná, que acercarán al lector al ambiente de la época (pp. 284-287). Se incluye además «Scanavecchia o Los cuatro postes de la chacota» (pp. 201-234), artículo de Amaro Villanueva que sirvió de prólogo a la edición de 1961 y que propone un estudio de la novela desde el punto de vista literario. Luego puede leerse un trabajo especialmente escrito por Silvina Fernández para esta edición que se titula «*Los estudiantes: una narrativa reveladora*» (pp. 235-276), en el cual, además de la dimensión literaria, se estudia la relación entre la novela y la trayectoria de Mercante como pedagogo.

El volumen se completa con una cronología (pp. 279-283) y una bibliografía (pp. 289-292) elaboradas por Graciela Villanueva sobre Víctor Mercante, su vida, sus obras y un detalle de los trabajos más importantes consagrados a este escritor.

# LOS ESTUDIANTES

*Esos sin vergüenzas...*

EL NARANJERO

*A B.M.*

Páginas del álbum de las alegrías que pasaron.

Recuerdos gratos de horas fugaces.

Tiempos de la edad descontenta, soñadora y chacotona.

Vida de necesidades, de emociones y de dichas que doran un inquieto pedazo de existencia.

Vicisitudes conjuradas a la luz astral de estériles arrebatos y placeres extinguidos al morir de las estrellas.

Hojas: Id.

Ve, prosa de los combates que no tienen vencidos...

Ve, aliento y soplo de las vanidades que vibran en la cuerda sin llave de las pasiones adolescentes...

Id, heroicidades y rebeldías perdidas en los horizontes aurorales de la leyenda...

Id, horas amargas, iluminadas por la luz cenital de un ensueño que viste las perspectivas de sonrisas y octubrales esperanzas.

Ve, poema blanco.<sup>1</sup>

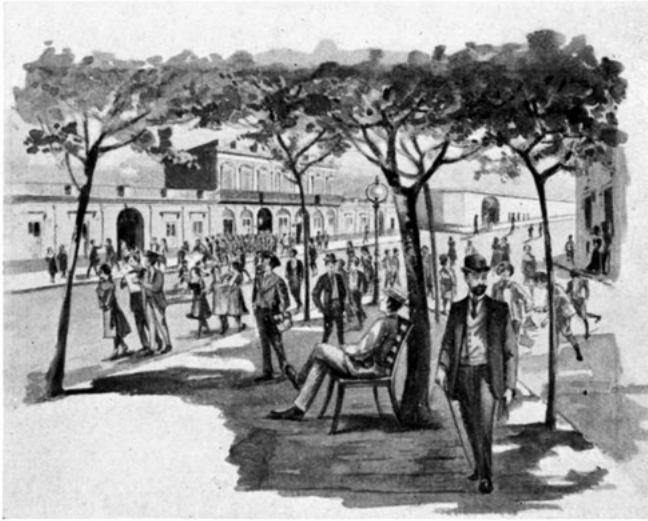
# I

## SOLO

En el Pingo<sup>2</sup> llegué al Paraná una mañana del mes de abril. A la sombra de un aguaribay interpuesto entre el sol ardiente y yo, meditaba alicaído mi destino; demasiado para un mozuelo. Evoqué la casita de mis padres, mi aldea, el pequeño mundo de mis amigos, y con esa imaginación exagerada de la juventud para medir distancias, tendí un espacio inconmensurable entre yo y ellos.

Me dirigí la palabra. ¡Solo! Solo estás. Pero no te abatas. La soledad es dulce y compañera.<sup>3</sup> Pronto tendrás amigos, quien te quiera, quien se duela de tus aflicciones y quien comparta tus alegrías; y quien te odie, quien te calumnie, quien murmure tus éxitos y goce de tus desgracias.<sup>4</sup> En fin, lucharás, templarás tu carácter, devolverás amor por amor, odio por odio, y comprenderás la satisfacción cuando en tus combates triunfes. Es posible que vuelvas a este banco y mirando atrás lamentos no estar solo como hoy. ¿Qué serás? En este momento eres nada; no puedes comenzar bajo mejores auspicios... El tañido de la campana interrumpió mi discurso y alcé los ojos. Esa es la escuela, me dije. Acostumbradas mis pupilas a la fachada de la de mi aldea, se dilataban para abarcar aquel frente que confundía mis corajes.

Eran las once. Por las puertas desbordó el torrente estudiantil y la plaza,<sup>5</sup> tomando aspecto de romería, se pobló de cabezas y sombrillas que pronto desaparecieron por las bocacalles. La baraúnda alegre y bulliciosa encapotó de nuevo mi tristeza. Me sentía pequeño, un átomo en la inmensidad. Ignoraba, entonces, que los átomos son mundos donde se mueven otros mundos.



La visión de horas adolescentes transcurridas alegres bajo el techo solariego pobló mi corazón de involuntarias congojas y mi espíritu de severas preocupaciones. Un principio de rebeldía incendió mi carácter a veces plácido, a veces áspero, porque, obedeciendo a no sé qué antecedentes hereditarios, locuras y epilepsias perdidas en desviadas ramas ancestrales,<sup>6</sup> era irregular y cambiante. Había en mí un deseo indomable de volver al beso materno que solía entibiar mi frente todas las mañanas. Si Torres,<sup>7</sup> de cuya hosquedad tenía noticias fabulescas, me enfoca esta tarde un rostro de siniestras arrugas, mañana mismo acaba la aventura de esta primera salida tomando aguas abajo. Este arranque de altivez recomfortó mis ojos a punto ya de soltar las lágrimas y volví a la posada donde un reconstituyente almuerzo pasó la esponja sobre los casi lóbregos pensamientos que atormentaron mi tranquilidad aquella mañana.<sup>8</sup>



Mi apetito era extraordinario. Después de todo, tomaba a mi soledad cariño. Sin amigos, sin exigencias, mala visión del porvenir, preocupado de mi abarcia,\* dormía diez horas, cuanto puede tolerar una vida haraganísima. En la casita de mis padres era, no obstante, un incomparable trabajador.

Admitido tras un examen que juzgué detestable,<sup>10</sup> la escuela me preocupaba bien poco. El último de las filas, oía mal, y lo que oía no lo entendía. Seguramente, los profesores comentaron más de una vez mi estupidez y más de una vez analizaron socarronamente el aspecto hirsuto de mi silvestre persona. Acostumbrado ya a la vida fuera de familia, en mí no había entonces más que dos placeres: comer y dormir. Me entregaba a ellos sin escrúpulos resarciéndome de fatigas pretéritas que recordaba con ira.

Era compañero de cuarto un albañil gordote y de pera ensortijada; comíamos a la misma mesa y de la misma fuente. Gran jugador a las bochas, las horas de la tarde y del domingo las destinábamos al saludable ejercicio, los dos contra la pareja que se presentase. Ganadores casi siempre, cuando perdíamos él pagaba los jarrones de cerveza con que reparábamos el abundante sudor de nuestra frente. Tan disimulado aprovechamiento de la pasión humana fue obra de un pacto contra mi dignidad, pero en beneficio de ambos; yo toleraría sus ronquidos. Porque nos conocimos de noche.

Él rugía como un león en celo. Sin pegar los ojos yo, tosía, cantaba, silbaba, mayaba; todos los gritos y ruidos de que era capaz la garganta salían de mi boca desesperada como un *simoun*\* para apagar aquel exceso de confianza. Vanos esfuerzos. El reloj de la catedral dio las once, las doce, la una... la mayor de las tribulaciones es oír las horas. ¿Debía resignarme? La impaciencia excitó mis nervios; la sentía en mis dedos, en mis pies, en mis dientes y se escapaba a ratos traducida en siniestras maldiciones. En los momentos de calma procuraba encontrar un medio pacífico para reducir a silencio la boca de Rastelli. Corto de genio, tenía mis recelos para enterarle,

así de sopetón, del defecto que tanto perturbaba la tranquilidad del dormitorio. Le escribiré, me dije, y comencé una carta poligonal en estos términos:

«Respetable señor: la vida en común exige una serie de recíprocas consideraciones que aseguren la paz y afiancen la dicha de quienes el destino ha juntado en el mismo cuarto. Desgraciadamente es tan difícil conocerse que ya lo dijo Sócrates: “Conócete a ti mismo”. De aquí que a veces uno moleste sin saberlo. Usted, señor, me molesta porque en su boca reina sin cesar el trueno. Al comunicárselo, cumplo con el cristiano deber de enseñar al que no sabe. Mientras usted repara profundamente dormido las fatigas del día, yo velo contra mi voluntad...». Con este y otros párrafos, iba entornando los párpados cuando un ronquido fuera de pauta desvaneció mis esperanzas, y en un arrebato de bravura calabresa, la moral de Franck<sup>11</sup> partió como un bólido hacia la cama del señor Rastelli. El libro dio en la nuca, la víctima despertó sobresaltada.

—¿Qué demonios sucede?

—Pues nada; que no dejáis dormir. Parece que vos solo pagarais la pieza.

—¿Entonces eres tú que pretendes desnucarme?<sup>12</sup>

—Eh... ¡desnucarme! ¡Qué manera de exagerar! Quería despertaros.

—¡Ah, brigantazo!... —El albañil iba a desahogar su cólera y los dos nos incorporamos.

—No os molestéis —le dije—, voy a daros las satisfacciones que exige mi decoro. Me he excedido, es verdad; pero convengamos en que roncáis como un rinoceronte; que ni la paciencia de Job puede aguantar tres horas de insomnio.

—¿Y acaso tengo yo la culpa de que ronque?

—Usted es genovés, me parece.<sup>13</sup> Su acento...

—Sí; he nacido en Rocchetta Ligure.

—Hombre, qué feliz encuentro. Yo soy argentino, pero conozco aquellos montes, sus vinos y sus castañas. ¿Cómo se llama usted?

—Giovanni Rastelli.

—Yo, Federico Scanavecchia.<sup>14</sup>

—¡Toh! Yo he conocido a los Scanavecchia de Cantalupo.<sup>15</sup> ¿Eres hijo de Scanavecchia?

—Justo; de apodo el Merlín, porque mi bisabuelo era *mair*,<sup>16</sup> título nobiliario concedido por S. M. Napoleón I.<sup>17</sup>

—Yo construí dos de sus casas y eres el pebete que perdía las cucharas. Venga esa mano.

—Venga —le dije. Desde mi cama se la tendí para que la apretase, satisfecho de que terminara en forma tan imprevista aquella escena que comenzó expuesta para mi pellejo.

### TRECE O POCO MENOS

Viento norte. Un catedrático que nos empalillaba\* día por medio la atención con *Pensiero e Meteore* de Lombroso,<sup>18</sup> nos repetía a menudo que el viento norte era el tónico de los brutos; como prueba concluyente de su afirmación, mostraba un diagrama de los chillidos imberbes durante las horas de recreo, trazado con recalcitrante cuidado, en el que los días ventosos ofrecían ángulos salientes. Expuesto por esta causa a cometer delitos, el viento norte exime de responsabilidad al reo, y no debe sufrir pena, como decía Emerson, aquel de: el hombre debe ser un buen animal.<sup>19</sup>

Fuere o no cierta la teoría del catedrático, ese día estaba yo más buey que otros. Dije en clase que Jerjes había derrotado a la armada persa de Salamina y que las mujeres, temiendo el furor de la victoria, se habían refugiado en la catedral de Atenas.<sup>20</sup> Noté, acollonado, un movimiento isócrono de manos para esconder la risa de setenta bocas mientras me fulminaba un ¡siéntese! de don Pedro,<sup>21</sup> de común tranquilo y bueno, cuya cara era la de Sócrates en el momento de beber la cicuta.

Cien ojos me miraban de soslayo y vi indistintamente los dientes de las mujeres cogiendo el labio inferior. No necesitaba a Darwin ni de los paleógrafos del British Museum para traducir aquel gesto.

Decía evidentemente ¡ay, qué bárbaro! Los hubiera trinchado; tal era la necesidad que tenía de imponerme ante aquella multitud que desde el primer instante me juzgó más imbécil que Altamirano, un bípedo de la frontera jujeña que por ningún tratamiento pudo conseguirse que dijera aceite y no *asaite*, un y no *oun*. Dos acontecimientos avinagraron más mi estómago aquel día: la tarjeta de calificaciones<sup>22</sup> donde los unos de unas asignaturas con los ceros de otras combinaban dieces (extraña collera),\* y el breve y enervante discurso que me espetó el posadero a la hora de comer, sobre un plato de morcilla descompuesta: *Usted come mucho. Yo no lo sabía antes. Desde hoy abona usted 22 pesos al mes por cuarto y comida.*

Alcé bruscamente la cabeza. Estaba irritado, conmovido, nervioso, sofocado, bouleversé,\* éperdu.\*<sup>23</sup> *Casus belli*, murmuré. Esta frase calmó el escándalo que las pasiones metieron en los surcos de mi cerebro. Le seguí hasta la cocina con los ojos, comenté con una interjección aquel respeto a la indigestión, y tras un breve combate con mi conciencia, opté por la reserva. El silencio, dijo Júpiter, es sabiduría. Salvada así mi dignidad, reanudamos con Rastelli la interrumpida lección que de él recibía acerca de las cuevas, hondonadas, pozos, rápidas pendientes que ofrecía la cancha de bochas disimuladas por el color negro de la tierra, pero que él, como albañil de volumen, conocía en sus más insignificantes irregularidades; era el secreto de la indisputable superioridad que tenía sobre sus contrincantes.

La parte melancólica de las comidas era el postre, una hoja dulce de membrillo cuya transparencia desesperaba todos los deseos. ¡Qué monotonía obsedante!

—No quiero postre —dije con aquella altivez propia de Piccio—. <sup>24</sup> Llévese usted ese vomitivo.

Iba a levantarme, cuando me entregaron una nota con el sello de la escuela. El conserje, que se había permitido escribir la dirección a lápiz: «Posada I Tredici di Barletta»,<sup>25</sup> me dijo:

—Chúpese esa.

El estoicismo con que leí la paternal filípica lo comentó el silencio que guardé al respecto.<sup>26</sup>

—Eh —grité—: un cavour. Dígame, Rastelli, ¿hoy es 13, por casualidad?

—¿Qué, estás loco? Hoy es 4 de mayo.

—No puede ser, por este puñado de razones...

—Pero qué razones ni qué pistolas. Mira el calendario.

—Debe estar atrasado, porque sólo en día 13 pueden juntarse tantas calamidades y voces adversativas a la felicidad. ¡Si se nos amonestara de una manera más agradable!... Señor Rastelli: esta noche necesito dormir. Me atraganta una bola de silencios y rubores. Voy a probar la plácida acción del lecho para contener la fiebre que me atormenta. No olvide usted dormir de costado; es preciso a toda costa que no ruja.

Tiré el cigarro; tendí sábanas limpias; puse la almohada en otra funda; me descalcé; me desvestí; me persigné y me introduje bajo la bien oliente tela que trajo a mi memoria el prosaico perfume de la sandía. Mis precauciones fueron severas para evitar la furtiva y punzante caricia de la pulga.<sup>27</sup> El escapulario quedó en su puesto después de la requisa de que fue objeto por si algún infiel hubiese profanado su santidad.

Con estas permutaciones de vestimenta menor, dormí como un rey hasta el día siguiente, que era domingo.

## EL DECÁLOGO

Desperté; vi con asombro, sin desdoblar, las frazadas de la cama de mi compañero.

Comprendí el sacrificio. Esa noche se buscó la vida\* por otra parte en obsequio a la amistad.

Los acontecimientos del día anterior me parecieron apuntes de cartera para un cuadro de Timoniano, el pintor de la Maga asesina en la irresolución precursora del crimen que yo iba a acometer con mi elísea existencia de vividor.<sup>28</sup> Abrí la historia de Duruy y noté la trasposición que tanto excitara la indiscreta hilaridad de mis

compañeros. Desde entonces me propuse reivindicarme y juré ser más helenista que Winckelmann. Por otra parte, aquel trastrueque de nombres y de épocas no debía sonrojarme. César Cantù fue un zote\* en las bancas del liceo.<sup>29</sup>

Estas y otras consideraciones aliviaron un tanto el Imperio de la Angustia<sup>30</sup> que tiranizaba mi ánimo y me dispuse a la tranquila meditación de todo un plan que debía surtir más efecto que el del almirante Courbet, de quien se hablaba en esos días con motivo de la guerra franco-china<sup>31</sup>. Recordaba algo de las costumbres de Franklin, con que nos entretenía el maestro de la aldea los días de lluvia<sup>32</sup> e hice, con dos pliegos de papel, un vademécum donde apunté estos mandamientos:

- 1.º Bochas: jugar sólo en los momentos de mucha sed.<sup>33</sup>
- 2.º Descanso: dormir menos de noche para compensar la siesta de los domingos y días feriados.
- 3.º Relaciones: reconquistar el prestigio perdido frecuentando los falansterios\* estudiantiles.<sup>34</sup>
- 4.º Administración y presupuesto: inmediato desalojo de I Tredici di Barletta.
- 5.º Incursiones nocturnas: visitas a la Biblioteca Pública y a aquellos lugares que la prudencia aconsejare.<sup>35</sup>
- 6.º Autoeducación: consultar obras clásicas del más puro helenismo.
- 7.º Moral y urbanidad: ofrecer a mis catedráticos un aspecto menos silvestre; usar reloj, cortarme el pelo, vestir jaquet y seguir la máxima de Júpiter acerca de la elocuencia.
- 8.º Instintos egoístas: ejercitar sólo el primero de la jerarquía comitiana con las restricciones del presupuesto.<sup>36</sup>
- 9.º Paseos: emprender un largo viaje por los valles de la reflexión, dur fléau des âmes.\*
- 10.º Masajes: escribir más que el Tostado<sup>37</sup> para fortalecer la musculatura de mi cerebro y practicar la perífrasis para fingir con elegancia las amnesias involuntarias.

*Nota bene:* Sanctorum virtutes imitare debemus.<sup>38</sup>